

Miradas en movimiento: elementos para una etnografía de la vida pública urbana

Moving gazes: elements for an ethnography of urban public life

Martha Cecilia Cedeño Pérez

*Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá,
Colombia*

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3597-2876>

DOI: <https://doi.org/10.24275/HJHX6264>

Fecha de recepción: 6 de abril de 2017

Fecha de aceptación: 13 de junio de 2017

Fecha de publicación: 12 de diciembre de 2017

Resumen

¿De qué manera acercarse a esos espacios públicos en donde se despliega lo urbano como una forma de vida signada por las interacciones efímeras entre extraños, por la especulación de prácticas, por la exaltación de los sentidos, por situaciones casi siempre imprevistas e imprevisibles? Esta pregunta encierra una problemática mayúscula, relacionada con la dificultad de abordar esa sociedad temblorosa que surge y se visibiliza en las comarcas públicas de las grandes ciudades, entendidas como lugares de acceso general en donde las y los urbanitas aparecen, se muestran entre sí desplegando de manera magistral un conjunto de códigos, de prácticas, de convenciones efectivas a la hora de compartir un mismo espacio-tiempo de manera más o menos fluida. Un reino que también se constituye en el lugar de la acción e interacción y, por ello mismo, en el núcleo de relaciones sociales fragmentarias y huidizas.

Este tipo de etnografía es la que ha facilitado el acercamiento a esas formas de vida plena de significados y temblores, visibles en algunos espacios públicos urbanos de Barcelona (España) y de Neiva (Colombia), que ahora se presenta en este artículo.

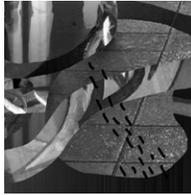
Palabras clave: etnografía urbana, espacio público.

Abstract

How to approach those public spaces, where the urban is displayed as a way of life marked by the ephemeral interactions between strangers, by the speculation of practices, by the exaltation of the senses, by situations almost always unforeseen and unforeseeable? This question involves a capital problem, related to the difficulty of approaching that a trembling society that looms and is visible in the public districts of the big cities, understood as a place of general access where the urbanites appear, they show each other deploying of a masterful set of codes, practices, and conventions that are effective in sharing the same space-time more or less fluidly. A kingdom that is also constituted in the place of action and interaction and, therefore, in the nucleus of fragmentary and elusive social relations.

This type of ethnography has facilitated the approach to those life forms full of meanings and tremors, visible in some urban public spaces of Barcelona (Spain) and Neiva (Colombia), which is now presented in this article.

Keywords: urban ethnography, public space.



A manera de introducción

[...] Me verás volar /
por la ciudad de la furia /
donde nadie sabe de mí /
y yo soy parte de todos [...]

Soda Stereo

Resumo

De que maneira abordar os espaços públicos onde o urbano se desenvolve como um modo de vida marcado pelas interações efêmeras entre estranhos, pela especulação de práticas, pela exaltação dos sentidos, por situações quase sempre imprevisíveis e imprevisíveis? Esta questão envolve uma grande problemática, relacionado à dificuldade de se aproximar dessa sociedade instável que emerge e torna-se visível nos distritos públicos das grandes cidades, entendidas como lugares de acesso geral onde as e os urbanitas aparecem entre si, mostram-se implantando de maneira magistral um conjunto de códigos, de práticas, de convenções eficazes no momento ao compartilhar o mesmo espaço-tempo de forma mais ou menos fluida. Um reino que também é constituído no lugar de ação e interação e, portanto, no núcleo de relações sociais fragmentárias e esquivas.

Este tipo de etnografia é o que facilitava-se a abordagem dessas formas de vida cheias de significados e tremores, visíveis em alguns espaços públicos urbanos de Barcelona (Espanha) e Neiva (Colômbia), que se apresenta neste artigo.

Palavras-chave: etnografia urbana, espaço público.

A nivel general, la investigación cualitativa es un paradigma cuyo propósito es acercarse a la realidad con el ánimo de comprenderla a través de unas metodologías flexibles que den cuenta de los contornos de la misma. Si bien es cierto que no hay un acuerdo sobre su origen exacto, algunos estudios coinciden en que es durante el siglo XX cuando alcanza sus mayores cotas de desarrollo con el trabajo de campo antropológico. Denzin y Lincoln (1994), por ejemplo, esbozan cinco épocas en su devenir: la *tradicional* (1900-1950), marcada por la visión positivista imperante en la ciencia del momento; aquí destacan los trabajos de Malinowski, Mead y Boas, entre otros, y el empleo de aparatos técnicos para la grabación de los entornos estudiados y sus protagonistas.¹ La *modernista* (1950-1970), período en el cual aparecen estrategias como la etnometodología, la teoría crítica, el interaccionismo, la fenomenología, el feminismo para acercarse a los problemas de la sociedad de postguerra y sus grandes transformaciones; en dicho momento hay interés por dotar este tipo de enfoque de rigurosidad empleando para ello un conjunto de metodologías y herramientas técnicas. Un documental que refleje el eclecticismo de entonces es *Crónica de un verano*

¹ Recordar la trascendencia del cine documental a partir de entonces, que inicia con *Nanook, el esquimal* (Flaherty, 1926) considerada la primera película de este tipo. Merece la pena mencionar también los trabajos que desde el campo sociológico llevó a cabo la Escuela de Chicago, especialmente en lo concerniente al estudio de la vida urbana, historias de vida de criminales y delincuentes juveniles, la vida de los inmigrantes, etcétera, a través de una metodología de fuerte observación participante.

(1961), de Jean Rouch y Edgar Morín —antropólogo y sociólogo respectivamente.

Por último, Denzin y Lincoln hablan de otros tres momentos: géneros imprecisos (1970–1986), crisis de representación (1986–1990) y postmodernidad. Estos períodos implican, según dichos autores, cambios en el enfoque investigativo dados a partir de la indefinición de las fronteras entre las disciplinas sociales, la asunción de enfoques metodológicos participativos, la discusión en torno a la interpretación y evaluación de los datos y a las implicaciones sociales, éticas, económicas y políticas de la actividad investigadora. A nivel filmico varios documentales dan cuenta de las contradicciones, los recorridos, los intereses, las búsquedas, las problemáticas de la complejísima realidad de esos momentos. En ese sentido, y sólo para mencionar algunos, están los de Moore —por ejemplo, *Roger y yo* (1987) o *Bowling for Columbine* (2002)—; *La isla de las flores* (Furtado, 1989); *En construcción* (Guerin, 2001), *Born in the Brothels* (Kauffman y Briski, 2004).

El esbozo anterior permite dilucidar la relación entre la investigación cualitativa y el estudio de la vida urbana o, mejor, la forma como desde la primera se aborda esa realidad porosa, fragmentaria, móvil, que puede apreciarse en las comarcas públicas de las grandes ciudades. En ese sentido, entonces, se hablará en primera instancia de la noción de vida urbana ateniéndose a distintas percepciones y desarrollos teóricos y, posteriormente, se enfatizará en un método etnográfico que apuesta por una observación *in situ* sustentada en los cinco sentidos, pero, sobre todo, en el ojo a través del cual es posible advertir la vida que emerge, pasa y se explica en las comarcas urbanas. Unido a lo anterior, se elucidarán también las dificultades metodológicas, operacionales y, sí, personales que rondaron los procesos de investigación sobre las prácticas espaciales en dos lugares públicos situados en contextos

distintos: La Plaça Eivissa de L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona, y el Parque Santander de Neiva, Colombia.² Ello significa que no se presentarán los resultados de dicha investigación, sino las formas de aproximación a esos objetos complejos y porosos, y los obstáculos experimentados en dicho proceso.

La vida urbana: un asunto complejo

Hablar de la vida urbana implica tener en cuenta varias cuestiones. Una, que la ciudad no es un constructo formal, sino una forma de vida; otra, que este tipo de vida surge y se visibiliza en su espacio público, y la última, que la visibilidad, el anonimato y la copresencia son dimensiones inherentes a estas comarcas urbanas (Cedeño Pérez, 2006). Ello remite al hecho de que, efectivamente, la metrópoli no es un mero elemento físico de límites definidos y con unas características específicas dadas a partir del tamaño de su población, de la densidad de su establecimiento y de la heterogeneidad de la misma (Wirth, 2005:6-12), sino que justamente esos componentes confieren unos atributos especiales a la vida que surge y se visibiliza en sus comarcas públicas de manera cotidiana. De ahí que acercarse a este tipo de vida sea un asunto complicado, pues la misma materia de la que está hecha asegura una serie de obstáculos ante los cuales los procedimientos de investigación tradicionales de las ciencias sociales se antojan incompetentes, precarios y limitados. Esas barreras refieren a su naturaleza porosa, fragmentaria, temblorosa en el sentido de que en la calle nada está finalizado ni abiertamente decidido ni completamente solidificado. Allí se produce una serie de interacciones, encuentros y simultaneida-

² Selección de esos dos lugares es totalmente arbitraria y viene dada por un componente personal: los dos hacen o han hecho parte de la geografía espacial y vital de quien esto escribe. Y en el caso de La Plaça Eivissa, un objeto de estudio recurrente desde 2006. Ver, por ejemplo, Cedeño Pérez (2009:855-876).

des entre seres extraños o conocidos categoriales, para emplear un término de L. Lofland (1985), que casi siempre dura lo que una mirada, un pasaje o un cambio de semáforo. Es decir, en los espacios públicos nace y se manifiesta un tipo de vida marcado indefectiblemente por la emergencia, entendida ésta desde dos dimensiones, a saber: como aquello que prorrumpo de manera permanente y continua en la superficie de calle —metáfora del espacio público—, esto es, como “una propiedad que surge en la realidad objetiva de manera imprevista”, en donde “el azar cumple un papel altamente significativo” (Maldonado, 2004:9) y como un objeto denso en el cual “la caracterización o comprensión de un elemento individual no permite, en manera alguna, descubrir la complejidad en una escala mayor resultante de las interacciones de ese elemento con otros” (*Ibid*:8). De lo anterior se desprende, por una parte, que la urdimbre de relaciones sociales que se puede apreciar en el espectro público es de una gran complejidad, y por la otra, que existe un nexo muy fuerte y estrecho entre emergencia y no-linealidad.³ Ello implica una postura no determinista y discontinua, en donde subyace la posibilidad de que en esa comarca se esté generando siempre algo nuevo —una acción, un acontecimiento, un movimiento...—, que en cualquier momento se puede salir de sus bordes, y sugiere también que allí el principio de incertidumbre toma niveles insospechados, pues nunca se puede predecir a ciencia cierta lo que sucederá en dicho espacio de un momento a otro.⁴ Así pues, la vida urbana en sí misma es un sistema complejo por cuanto no puede ser ex-

plicada por modelos de determinación, y, por tanto, no puede someterse a la predicción en el sentido de que es imposible prever con total exactitud qué, cuándo, cómo, dónde puede pasar alguna cosa; es en ese sentido que resulta sugerente extrapolar el principio de incertidumbre, tomado de la mecánica cuántica pero aplicable al estudio de diversos fenómenos del mundo social. Esto significa que la esfera pública, el *Public Realm* (Lofland, 1985), tal como sucede con las entidades subatómicas, está sometida a un régimen de las probabilidades “que nos alejan de la certeza” de los acontecimientos y nos dicen “*de la posibilidad que tienen de ocurrir*” (Bohm en Trainini, 2003:441, cursivas del autor); desde ese punto de vista es, por antonomasia, el reino de lo probabilístico llevado a su máxima expresión. Lo es en el sentido de que nunca se sabe a ciencia cierta lo que puede acontecer, aunque es, efectivamente, espacio público en tanto allí *todo* ocurre, es decir, en tanto *pasan* cosas; sin embargo, en principio, nadie está en capacidad de predecir con total seguridad *qué* clase de acontecimiento, suceso o acción puede originarse allí y desplegarse de manera imprevista e imprevisible. Desde esa perspectiva, como lo enuncia Delgado (2005:145), lo urbano es, por principio “una articulación indefinida e irregular de los movimientos de la cual son impredecibles”.

Lo anterior alude a las características de esa sustancia que se despliega en los espacios públicos urbanos marcada por la irrupción de formas inéditas de prácticas, de relaciones, de modos de hacer y de ocupar; por la franca postura de resistencia al control, a los trazados rígidos, a los usos únicos y a todo aquello que pretende la uniformización enmascarada en la asepsia y saneamiento, pero también su absoluta negación a someterse a los planes de domesticación de una administración

3 Se podría hablar de un cierto “caos”, puesto que es un sistema regido por relaciones no lineales cuyos principios estructurantes se alejan de la epistemología tradicional basada en la casuística para acercarse a las turbulencias, las discontinuidades, las paradojas, las interferencias, las bifurcaciones. Corresponde a otro mecanismo para “ordenar” y comprender una realidad absolutamente cambiante y moviediza.

4 El principio de incertidumbre fue esbozado por W. Heisenberg en 1927 y básicamente consiste en la imposibilidad de determinar al mis-

mo tiempo la posición y la velocidad de la onda que lleva asociada cada partícula.

—la *polis*— cada vez más cercana a la impostura de los intereses económicos y al consumo, cuyo objetivo fundamental es transformar algunas partes de la ciudad en un magnífico escaparate limpio de fealdad, miseria y desorden, en donde existe un régimen de la mirada vertical dada a partir de la hipervigilancia, cuyo fin es mantener fijos los límites del accionar social para que nada se *des-borde*. Por ello, la noción de espacio público que aquí se asume dista de aquellas posturas hegemónicas que lo enuncian, ya sea como mero marco para el desarrollo de un cúmulo de experiencias sociales, o como un espacio para el ejercicio de una democracia sin cortapisas, o como un territorio a ser colonizado por la administración de la ciudad; y se acerca a esa tierra general de la que habla Jacobs (1973), al lugar de la acción de Joseph (1993), y a la comarca donde las cosas se juntan, parafraseando a Virginia Wolf (1993). Por tanto, no alude a un territorio de titularidad pública, ni a un lugar neutral y objetivo para el ejercicio de la cívildad y ciudadanía universales, ni a una estructura física aséptica, cuadrículada y domesticada, sino, como ya se ha indicado, a un espacio signado por la inestabilidad y porosidad que se nutre del acontecimiento, del azar, de los pasos y de lo que *pasa*. A un lugar efectivamente abierto en todo el sentido de la palabra y, por tanto, a un espacio de “aparición”, tal como lo señalase Arendt (2005).

Elementos para una etnografía de la vida pública urbana

Aproximarse a la vida urbana, como se ha dicho arriba, resulta una tarea compleja, pues no se trata de abordar un objeto de estudio estable, de contornos bien definidos y delineados, sino uno cuya característica principal es la porosidad y el movimiento. A partir de allí es preciso encontrar los caminos más adecuados para no fracasar en el intento de

aprehender esa realidad fragmentaria y fugaz que se explaya ante los sentidos y que es fundamental captar *aquí y ahora*. Espacio y tiempo ligados indefectiblemente en un presente continuo. Y ello obliga a realizar una investigación radicalmente etnográfica que implica una observación *in situ* de las acciones sociales que allí tienen lugar. Esto presupone el rastreo paciente de la vida social y sus minucias; de lo obvio, de los pactos cotidianos, de los instantes de una simultaneidad presencial azarosa y fugaz.

Por tanto, los elementos metodológicos para aproximarse a los espacios públicos, y en concreto a La Plaça Eivissa y al Parque Santander, provienen de esas primeras experiencias de etnografía urbana llevadas a cabo en el seno de la Escuela de Chicago, reflejadas en los trabajos de Park (1984), Wirth (2005), Burgess (1974), Hannerz (1995), así como de los aportes de la microsociología, de la etnometodología, del interaccionismo simbólico, hasta llegar a trabajos como los de Lofland (1984, 1985), Whyte (1994), Low (2000), Joseph (1993, 1995, 1999), Delgado (1999, 2005, 2007). Otros aportes más recientes son algunos trabajos producto del doctorado Antropología del Espacio y el Territorio (1999-2001) de la Universidad de Barcelona, bajo la dirección del antropólogo Manuel Delgado Ruiz, entre los cuales se pueden mencionar las tesis doctorales de Cedeño Pérez (2006), titulado *Relaciones sociales y prácticas de apropiación espacial en los parques públicos urbanos. El caso del Parc de Les Planes de L'Hospitalet de Llobregat, Barcelona*; de Monnet (2007) *La ciudad, instrucciones de uso. Esbozos barceloneses*, y de De la Peña (2011) *Dinámicas de interacción en escenarios urbanos. Espacios públicos, privados y de transición en Barcelona, Austin y Saltillo*.

No interesa en este trabajo abordar en profundidad cada uno de los enfoques y autores mencionados, sino comentar que todos ellos han permitido

acercarse a esas comarcas abiertas a través de un fuerte trabajo empírico que intenta dar cuenta de la singularidad de la vida social que se evidencia en ellos. Es en ese sentido que se ha aproximado a una etnografía con los cinco sentidos, pero sobre todo con la preeminencia del ojo —como en el trabajo antropológico clásico—, órgano sobre el cual reposa la mayor parte del trabajo de campo. Un ojo que planea, vigila, sobrevuela; que esconde, penetra, interactúa; un ojo que participa, intuye, fluye; un ojo que palpa los movimientos de la vida social en el mismo lugar de los acontecimientos.

Una etnografía radical: observación naturalista *in situ*

La etnografía trabaja con una amplia gama de fuentes de información sin las cuales difícilmente se llegarían a comprender los fenómenos sociales estudiados. Así que quien lleva a cabo este tipo de labor participa de manera abierta o sutil en la vida cotidiana de las personas durante cierto tiempo, observando lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, usando los mismos espacios; esto es, recogiendo gran variedad de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas de su interés.⁵ Y ello es así porque, como dice Joseph (1982:230), toda observación y análisis cualitativo de comportamientos sociales “implica una comprensión de categorías de conocimiento espontá-

neo que no se adquiere sino por la ‘familiaridad’, la ‘observación participante’, ‘la inmersión’”, dentro de una realidad concreta, donde se muestran y negocian las identidades en las situaciones de la vida cotidiana. Por ello examinar directamente el mundo empírico requiere la formulación de una serie de estrategias conforme al carácter de esa realidad, esto es, que los instrumentos empleados para el descubrimiento de la misma deben respetar su naturaleza; tarea ardua que demanda

[...] un sondeo minucioso y honesto, una imaginación creativa pero disciplinada, iniciativa y flexibilidad en el estudio, una serena reflexión sobre los hallazgos realizados y estar permanentemente dispuesto a poner a prueba y refundir los puntos de vista y las imágenes personales sobre el área de estudio (Blumer, 1981:29-30).

En este caso, una etnografía de los espacios públicos que reconoce la observación naturalista no obstrusiva como instrumento fundamental, aunque no exclusivo. En esta opción metodológica prima el examen de los flujos de conducta directamente visualizados, procurando que la presencia de quien investiga pase desapercibida, reduciendo al mínimo su intrusión en la realidad de la que se intenta hacer un registro (Lofland, 1984:3). Lo anterior entraña un trabajo de campo paciente, sistemático y riguroso, en el cual se deben encontrar las estrategias adecuadas para sumergirse en el contexto de interés, de tal suerte que todos los sentidos estén abiertos a la situación que interesa conocer. Pero no es suficiente con ello: el etnógrafo debe leer las señales para poder mimetizarse con el entorno sabiendo efectivamente que aunque participa abiertamente en él, su función es totalmente otra. Es un ser liminal desempeñando un doble papel, lo que de antemano puede ocasionar cierta tensión nerviosa, sobre todo si se encuentra en la intemperie de los espacios públicos y si su fachada o sus rasgos

5 Aquí se habla de observación participante en el sentido clásico, cuyas características fundamentales continúan siendo las mismas que Malinowski descubrió: aproximarse a los sujetos que se quiere estudiar, compartir con ellos largos periodos de tiempo, ganarse su confianza, observarlos y escucharlos y también conversar con ellos para evidenciar sus actitudes, sus comportamientos y registrar dicha información”. Colocarse en el lugar adecuado para observarlos y escucharlos, conversar largamente. Ello no significa que en la aproximación a los espacios públicos urbanos no se utilicen a la par otras técnicas, como la entrevista, la escucha de conversaciones, la elaboración de mapas, el uso de artefactos, como cámara de vídeo y fotos, grabadora de sonido, etcétera.

fenotípicos de alguna manera lo sitúan en el lugar de sospecha, de la diferencia, de la atención.⁶

Quien investiga, entonces, es un ser expuesto a una serie de estímulos que debe captar a través de sus sentidos, para luego enunciarlos en un diario de campo con la mayor fidelidad posible. Desde ese punto de vista es sólo un observante y escribiente. Alguien situado en un lugar estratégico para contemplar sin atenuantes esa realidad urbana que pasa —nunca mejor dicho— ante sus ojos. Y en ese escenario se hace urgente la utilización de métodos que faciliten aprehender su esencia cambiante, como si fuese un *cameraman* o un pintor de la circunstancia y de todo lo que ella sugiere de eterno, como diría Baudelaire (1995).⁷ Es decir, alguien cuya misión lo lleva a las últimas consecuencias intentando captar el cúmulo de cosas que suceden a su alrededor de manera natural, sólo conforme al carácter de las mismas, al tiempo que toma la distancia suficiente para no obstruir los procesos concretos que allí se dan, al estilo del naturalismo —y el realismo— literario.⁸ O ajustando el ojo de la misma manera en que lo hace la cámara de cine para adaptarse a las fluctuaciones de esa realidad, esto es, acoplando la mirada del modo en que se hace en los planos cinematográficos de acuerdo a cada situación. Así, por ejemplo, se usaría uno general o panorámico cuan-

do se requiera observar los movimientos generales, los tráficos masivos, las acciones globales y, un primerísimo plano —utilizando el *zoom*— para detenerse en los detalles, en las minucias particulares de esa vida urbana. Esta maleabilidad de la mirada se convierte en un elemento importante a la hora de aproximarse a los espacios públicos urbanos.⁹

El trabajo de campo en las comarcas urbanas: dificultades y obstáculos

En el caso de la investigación llevada a cabo en La Plaça Eivissa y el Parque Santander se recurrió especialmente a la observación naturalista no obstrusiva que prima por el examen de los flujos de comportamiento directamente visualizados, procurando que la presencia de la investigadora pasara lo más desapercibida posible y reduciendo al máximo su intrusión en la realidad que pretendía abordar, lo cual fue una tarea bastante difícil, pues, como ya se ha dicho, el simple hecho de ocupar y de compartir con otros individuos el banco de un parque o de una plaza ya implica irremediamente que se hace parte de las acciones dicha comarca. En ambos casos esta observación estuvo cruzada por varios elementos relacionados con las características contextuales, espaciales y formales de cada lugar. Se tenía claro desde un primer momento que los dos son diametralmente distintos en su conformación física, en el tejido social que los envuelve y, por ello mismo, en los modos de funcionar. Así, mientras La Plaça Eivissa es una comarca dura, situada entre varias calles de un barrio de una ciudad del extrarradio Barcelonés y, por lo tanto, alude a un

6 Como etnógrafa de la vida urbana, la autora de este texto ha vivido algunas situaciones incómodas relacionadas muy posiblemente con el hecho de ser mujer y poseer ciertas características físicas, que operan como excusa para la atención indeseada. Y ello ha ocurrido tanto en el contexto español como en el colombiano. Parece que estar sola en según qué comarcas públicas convierte a algunas féminas que las ocupan, transitan o practican en objeto de miradas —y de palabras— que vulneran su integridad y su derecho a la indiferencia, a que no se les tenga en cuenta.

7 En ese sentido, el *film* de Dziga Vertov, *The Man With de Movie Camara* (1929), es revelador: la apoteosis de la observación en y de los escenarios urbanos.

8 El interés de esta corriente es captar la realidad y sus contornos de manera fiel, objetiva, descarnada, sin adornos ni impresiones subjetivas que de algún modo la desvirtúen; su interés, entonces, es presentar la vida cotidiana con total verosimilitud.

9 Un *film* fantástico que puede compararse con lo que hace —o debería hacer— un observador de la vida urbana —junto con el de Vertov, al cual ya se ha hecho referencia— es *Berlin, sinfonía de una ciudad* (Rutman, 1927). Una metáfora de la urbe, plena de movimientos de cámara y encuadres que dibujan de manera bella y moderna las palpaciones de una gran metrópoli.

espacio vecinal cercano, tranquilo, modesto, de tiempos lentos pese a operar algunas veces como lugar de paso; el parque Santander,¹⁰ por su parte, es un espacio central, literal y metafóricamente hablando, no sólo por estar ubicado en el corazón de la ciudad de Neiva y estar rodeado del poder —político, religioso, económico y judicial—, sino también porque allí se visibiliza gran parte de la urdimbre social de dicha urbe y, más allá, las grandes contradicciones de la sociedad mayor. Pero, además, se era consciente de que ambos son, en una primera acepción, espacios públicos, y ello entraña una serie de disposiciones y significados relacionados con esta condición: son accesibles en términos generales; allí es posible la copresencia y, por ello mismo, la visibilidad mutua entre quienes los transitan y/o los ocupan; en su seno también se advierte un cierto grado de anonimato —especialmente en el parque Santander—; son espacios en donde reina la incertidumbre en el sentido de que nunca se sabe con exactitud lo que puede pasar de un momento a otro, y, ante todo, son comarcas en las que brotan y se exteriorizan formas de vida singulares marcadas por relaciones sobre la marcha, por tránsitos y recorridos, por especulación de prácticas, por constituir terrenos permeables en los cuales no se puede vislumbrar una realidad única y acabada, sino una radicalmente fractal.

Otro aspecto que se tuvo en cuenta a la hora de aproximarse a ambos espacios es que quien investiga desempeña un doble papel dentro del escenario estudiado, pues, como participante absoluto es un individuo más que pasa, ocupa y/o usa ese espacio

público pero, al mismo tiempo, es completamente otro, en el sentido de que su misión va más allá de la práctica espacial: su rol es observar de manera avezada ese mundo que se explaya ante sus ojos. En ambas funciones el carácter no intrusivo “remite al despliegue exitoso de habilidades que muestren sus competencias para estar dentro de ese escenario sin provocar ningún tipo de interferencia, esto es, para mimetizarse sin despertar apenas sospechas” (Cedeño Pérez, 2006:26). Al etnógrafo o etnógrafa de la vida social, en principio, se le pide que actúe como otro u otra más, a sabiendas que en esencia sólo en parte no lo es. Su éxito depende del dominio de esos extremos, de llegar a un acuerdo que posibilite conciliarlos sin detrimento de ninguno de los dos. Vivir y observar el espacio como un copresente, pero cuyo cuerpo se desplaza bajo el peso de una doble representación que le exige insertar su guión particular en las superficies donde se dirimen los perfiles de otro guión, más general, dispuesto básicamente para la coexistencia. He ahí su dilema práctico.

Esa condición marcó de manera importante el abordaje de ambos espacios. Así, mientras en La Plaça Eivissa el trabajo de campo se realizó en solitario y de manera fluida durante cuatro meses, lo que permitió apreciar no sólo los cambios del paisaje geográfico y humano, sino también las modificaciones a veces sutiles en los usos y las formas de utilizar el citado espacio, en el parque Santander la observación se limitó a jornadas puntuales en las cuales la etnógrafa se vio en la necesidad de realizar su labor con compañía masculina, pues si bien es cierto que en ambos lugares el desarrollo del trabajo de campo se vio perturbado por el desdoblamiento de la intención de la investigadora, por las atenciones indeseadas, también lo es que en el parque Santander estas condiciones se agudizaron y fueron acompañadas por la sensación de vulnerabilidad e inseguridad. Se puede decir que a nivel de

10 Este espacio es, en verdad, una plaza arbolada. A su alrededor está el edificio de la Gobernación —sede del gobierno departamental—; la Catedral, el hotel más lujoso de la ciudad y, más allá, el Palacio de Justicia. Ahora bien, a nivel formal, el parque ha sufrido varias transformaciones a lo largo del siglo XX; consta de una zona dura, con una fuente que no funciona, y otra blanda, adornada con jardines y árboles inmensos que brindan sombra para guarecerse del sol canicular y son la casa de miles de loros a partir de las cinco de la tarde.

estructura formal este lugar podría ser agradable para el trasiego, el reposo y la contemplación de la vida que pasa. No obstante, ello no es posible. Una de las razones es que desde mediados de la década del 2000, algunos de sus ambientes han sido literalmente invadidos por ventas ambulantes de comida, ropa, bebida, relojes, etcétera, con todo lo que esto implica en términos de tránsito, de saturación sensorial literalmente —especialmente la vista, el olfato y el oído literalmente— y por la gran cantidad y variedad de copresentes. También se ha convertido en un escenario en el cual se visibilizan de manera contundente las contradicciones de un sistema social injusto y desigual. Algunas de sus áreas han sido “tomadas” por personas de disímil condición, desde desplazados por el conflicto —inmigrantes de otras zonas de la región o del país—, mendigos y maleantes, hasta lustrabotas y desempleados. Gente sin esperanza que ocupa las esquinas, los bancos, el césped y que se convierte en sospechosa de lo peor. Ello ha hecho que ciertos microambientes estén vedados para los tránsitos y sean percibidos como lugares inseguros o de peligro o que se convirtan en comarcas netamente masculinas.

Las condiciones esbozadas arriba señalaron el desarrollo del trabajo de campo en este último escenario y pusieron en entredicho la bondad de una observación naturalista *in situ* como estrategia básica para abordar los movimientos vitales que allí tienen lugar. Ello no significa que sea un enfoque metodológico inapropiado, sino que está pensado sobre todo para aquellas comarcas públicas de algunas ciudades europeas, dotadas de ciertas características sensibles que las hacen cercanas, seguras y adaptadas a toda suerte de desplazamiento, contemplación y práctica. En esos contextos funciona perfectamente, pues, en general, poseen atmósferas que brindan sensación de comodidad por la disposición de los espacios, por una relativa “civilidad” manifiesta en los desplazamientos y la ocupa-

ción espacial —lo que también podría interpretarse como una mayor domesticación y control—, por la apertura y el nivel de accesibilidad y por el acondicionamiento formal —existencia de mobiliario para el descanso y la contemplación, por ejemplo. Y esas disposiciones facilitan el desarrollo efectivo del trabajo etnográfico. Desde ese punto de vista se podría decir que el tipo de etnografía radical planteada hasta el momento contiene de algún modo cierto sustrato etnocentrista —y eurocentrista— que la hace poco aplicable a entornos de complejidad mayor en donde el caos, la incertidumbre, la emergencia —en todos sus sentidos—, el tráfico, la saturación sensorial, la inseguridad, la ocupación espacial llega al paroxismo, tal como sucede en algunas ciudades latinoamericanas y colombianas. En esas condiciones tan álgidas y estocásticas es necesario encontrar estrategias que respondan a la multiplicidad de esa realidad, que se adapten a ella y sean capaces de dar cuenta de las peculiaridades de la vida allí desplegada. Y una observación *in situ*, en según qué escenarios urbanos —como el Parque Santander— se convierte en una tarea casi imposible para quien investiga —especialmente si es mujer.¹¹

Otro aspecto claro es que, efectivamente, el espacio público no es aquella comarca de democracia y accesibilidad universal tan anunciada. Al contrario, en él se evidencian no sólo las emergencias y los pactos, sino también los conflictos, las

11 La primera experiencia de observación en solitario en el citado espacio produjo en la etnógrafa altos niveles de estrés emocional, debido a la sensación de inseguridad y a la atención indeseada de la que fue objeto. Ambas situaciones condicionaron la fluidez en el trabajo de campo e impidieron hacer fotografías y/o vídeos y hablar abiertamente con algunos ocupantes del lugar sin despertar sospechas ni malentendidos. Así que a partir del fracaso de esa incursión se decidió cambiar de estrategia y realizar la observación *in situ* con compañía masculina. Ello permitió la inmersión en el escenario, pero provocó otros inconvenientes relacionados con el desvío de la atención ante la necesidad de mantener un contacto visual permanente con el acompañante y con la sensación de estar siendo vigilada constantemente mientras realizaba el trabajo de campo.

apropiaciones, las segregaciones y todo un cúmulo de contradicciones que también se observan en la sociedad mayor. Desde esa perspectiva se puede decir, sin ningún tipo de matiz, que es imposible realizar un trabajo etnográfico fluido en según qué tipo de comarca pública urbana del contexto colombiano. Aún existen verdaderos obstáculos para llevar a cabo un ejercicio de campo en condiciones serenas en aquellos lugares en los cuales convergen agentes conflictivos o disruptivos, o que están mal diseñados, o que no brindan esa atmósfera de seguridad tan importante, no sólo para la experiencia investigativa, sino para aquella del disfrute y el paseo, de la contemplación y el abandono. Por ello es fundamental encontrar estrategias adecuadas que permitan llevar a cabo el trabajo de campo de modo fluido y sereno en esas comarcas públicas de suma complejidad e incertidumbre.

En últimas, las intemperies urbanas son un terreno difícil para el etnógrafo o la etnógrafa, pero también una oportunidad para que éstos conozcan de primera mano los límites de sus métodos cuando se aplican a una sustancia social que se niega a cuajar en instituciones sólidas; no a un objeto detenido o que realiza movimientos previsibles y finalistas, sino a un colosal nudo de tránsitos de quienes —como el investigador o la investigadora mismos— sólo pueden estar ahí de paso.

Referencias

- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Baudelaire, Ch. (1995). *El pintor de la vida moderna*. Murcia: Colegio de Arquitectos y Aparejadores de Murcia.
- Blumer, H. (1981) *El interaccionismo simbólico. Perspectivas y metodología*. Barcelona: Hora.
- Burguess, E. (1974) "El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación". En G. A. Theodorson (Ed.). *Estudios de ecología urbana*. Tomo I. Barcelona: Labor
- Cedeño Pérez, M. C. (2006). *Relaciones sociales y prácticas de apropiación espacial en los parques públicos urbanos. El caso del Parc de Les Planes de L'Hospitalet de Llobregat*, Barcelona. Recuperado de: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/35202?locale=es>
- Cedeño Pérez, M. C. (2009) "Los ojos sobre la calle: el espacio público y las mujeres". En *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía* (pp. 855-876), núm. 32.
- Coulon, A. (1988). *La Etnometodología*. Madrid: Cátedra.
- Delgado, M. (2005). *Elogi del vianant. Del "model Barcelona" a la Barcelona real*. Barcelona: Edicions de 1984.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movilizadas: pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (1994). *Introduction. Entering the Field of Quantitative Research*. Los Ángeles: Sage.
- De la Peña, G. (2011). *Dinámicas de interacción en escenarios urbanos. Espacios públicos, privados y de transición en Barcelona, Austin y Saltillo*.

- Recuperado de: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/35219>
- Díaz, F. (2002). "Introducción: la ubicua relevancia de los contextos presenciales" (Comp.). En *Sociologías de la situación*. Madrid: La Piqueta
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público*. Madrid: Alianza.
- Jacobs, J. (1973). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Barcelona: Península
- Hannerz, U. (1993). *Exploración de la ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Joseph, I. (1993). "L'espace public comme lieu de l'action". *Les annales de la Recherche Urbaine* (pp. 211-217), núms. 57-58.
- Joseph, I. (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- Joseph, I. (1999). *Retomar la ciudad. El espacio público como lugar de la acción*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Joseph, I. (1982) "L'Analyse de situation dans le courant interactionniste". En *Ethnologie Française* (pp. 229-234), XII, Núm. 2
- Lofland, L. H. (1985). *A World of the Strangers, Order and Action in Urban Public Space*. USA: Waveland Press.
- Lofland, J. y Lofland, L. (1984). *A guide to qualitative observation y analysis*. Belmont: Wadsworth publishing.
- Low, S. M. (2000) *On the Plaza. The Politics of Public Space and Culture*. Austin: University of Texas Press.
- Maldonado, C. E. (2004). "Explicando la sorpresa. Un estudio sobre la emergencia y la complejidad". En *Causalidad o emergencia. Diálogo entre filósofos y científicos*. Bogotá: Universidad de la Sabana, Sociedad Colombiana de Filosofía de la Ciencia.
- Monnet, N. (2007). *La ciudad, instrucciones de uso. Esbozos barceloneses*. Recuperado de: <http://www.tdx.cat/handle/10803/711>
- Park, R. E. (1984). "The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment". En *The city: suggestions for the investigation of human behavior in the urban environment*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Trainini, J. (2003). "La necesidad de un nuevo paradigma médico". En *Revista Argentina de Cardiología* (pp. 439-445), Vol. 27, núm. 6
- Wirth, L. (2005). "El urbanismo como forma de vida". En *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos* (pp. 1-16), núm. 002.
- Whyte, W. H. (1994). *Rediscovering the Center*. New York: Doubleday.
- Wolf, V. (1993) *La señora Dalloway*. Barcelona: Lumen.